



La piedad popular en la vida de las comunidades cristianas

Pbro. Lic. Felipe de Jesús de León Ojeda*

Sumario

El autor, preocupado ante la falta de valoración de la piedad popular en algunas comunidades cristianas (parroquias, CEBs, comunidades de vida), siendo que en estas la vida de fe gira en torno a dicha piedad popular, presenta la necesidad de revalorizarla para que sea realmente un lugar de encuentro con Cristo en la vida comunitaria. Tiene como base de su reflexión las directrices del Documento de *Aparecida* y el proyecto de la *Misión Continental*. Sugiere a las comunidades cristianas, sus pastores y agentes de pastoral, asumir ciertas actitudes y líneas de acción pastoral.

Palabras clave: *Piedad popular, Comunidad, Vida espiritual, Pastoral.*

* Licenciado en Sagrada Liturgia por el Pontificio Instituto Litúrgico de San Anselmo – Roma; maestro de Liturgia en el ITEPAL y en el Pontificio Seminario Palafoxiano de Puebla, Méx.; experto de la Sección de Piedad Popular y Santuarios del CELAM; Vice-presidente de SOMELIT (Sociedad Mexicana de Liturgistas); Vicario parroquial en la Parroquia de Nuestra Señora de Ocotlán, en la ciudad de Puebla, Méx.
E-mail: ocotlan2005@hotmail.com



Sumário

O autor, preocupado frente à falta de valorização da piedade popular em algumas comunidades cristãs (paróquias, CEBs, comunidades da vida), sendo que nestas a vida de fé gira em torno desta piedade popular, apresenta a necessidade de revalorizar a piedade popular de modo que seja realmente um lugar do encontro com Cristo na vida comunitária. Tem como base da sua reflexão as diretrizes do Documento de *Aparecida* e o projeto da *Missão Continental*. Sugere às comunidades cristãs, a seus pastores e aos agentes de pastoral, assumir determinadas atitudes e linhas de ação pastoral.

Palavras chave: Piedade popular, Comunidade, Vida espiritual, Pastoral.

Introducción

En la Iglesia, durante muchos siglos, los fieles se alimentaron de la liturgia, a la que se añadieron actos piadosos-devocionales, de diversa índole. En la Edad Media y después de Trento, las devociones piadosas del pueblo se superponen (debido al alejamiento que se fue dando entre liturgia y fieles) y adquieren más importancia que las celebraciones litúrgicas (cf. DPPL 28-43).

Solo a partir de comienzos del siglo XX, con el movimiento litúrgico, la liturgia empieza a ser propuesta como la *fuerza principal* de la espiritualidad cristiana, mediante la participación fructuosa y activa del pueblo (cf. DPPL 28-46).

Como sabemos, dicho movimiento litúrgico desembocó en la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II. En las parroquias, esta reforma ha tenido sus efectos positivos y negativos en su concreción, sobre todo con respecto a la relación Liturgia y Piedad Popular. Durante algún tiempo muchos pastores cayeron en los mismos defectos que los grandes promotores del movimiento litúrgico. Por una parte vieron con desconfianza las expresiones de Piedad Popular, encontrando en ellas una de las causas de la decadencia de la liturgia; por otra, al poner como objetivo la consecución de la pureza del culto divino¹, veían la liturgia primitiva como un modelo ideal, llegando a rechazar de modo radical las expresiones de Piedad Popular, nacidas en épocas anteriores (cf. DPPL 46).

¹ Dice al respecto el Cardenal Norberto Rivera Carrera: "Quien pretenda operar desde un ambiente 'incontaminado' una especie de disección quirúrgica aséptica de la piedad popular, tenderá a equivocarse. Hay un 'purismo' excesivo, a veces algo 'arqueológico', a veces con riesgo de ser 'ideológico', que es tentación de ciertos liturgistas..."; en *Notitiae l.c.* 479-480.



Esto provocó que en muchas comunidades parroquiales se excluyera de la programación pastoral toda expresión de piedad popular posible. Mientras que en otras comunidades, en reacción contraria, se privilegiara la piedad popular sobre la liturgia oficial, institucional e incomprensible de la Iglesia. Ambas posturas han hecho mucho daño a la vida de las comunidades y de sus fieles.

En los últimos años, ha habido un redescubrimiento de la Piedad Popular, por parte de la Iglesia, el *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*, es una muestra de ello.

Ciertamente que en la Iglesia latinoamericana, desde los años sesentas este tema era ya algo importante.

El documento conclusivo de *Medellín* (1968) afirma que la religiosidad popular (así se le denomina) no se explica sin la historia de la evangelización realizada desde el tiempo de la Conquista; y la describe cómo una religiosidad de votos y promesas, de peregrinaciones y de un sinnúmero de devociones, basada en la recepción de los sacramentos.

La III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (1979) dedica un buen espacio a la Religiosidad popular.

Para *Puebla* la religiosidad popular configura la identidad histórica de América latina, que tiene un "*real substrato católico*" y la fe de la Iglesia es la matriz cultural del Continente.

Puebla define la religiosidad popular como el conjunto de hondas creencias selladas por Dios, las actitudes básicas que de esas convicciones derivan, y las expresiones que las manifiestan, la forma o la existencia cultural que la religión adopta en un pueblo determinado. Termina identificando religiosidad popular con catolicismo popular.

La Piedad Popular comienza a verse como una realidad complementaria de la pastoral de la Iglesia, concretamente en las parroquias, con la ayuda de la Palabra de Dios, con elementos tomados de las celebraciones litúrgicas y con un lenguaje actualizado, de acuerdo con las nuevas concepciones de la antropología².

2 Cf. GONZÁLEZ, Ramiro, *Piedad popular y Liturgia*, Ed. Centre de Pastoral Litúrgica, Dossiers CPL 105, Barcelona 2005, pp. 185-186.



Es así que el documento de *Aparecida* nos invita a conocer, promover y proteger estas expresiones populares de nuestra fe, ya que, en palabras del Papa Benedicto XVI, la religiosidad popular es el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina (cf. DA 258). Pero no sólo eso, sino que *Aparecida* dirá que la Piedad Popular es, para la Iglesia y sus comunidades parroquiales: “espacio de encuentro con Jesucristo”; “expresión de la fe católica, es un catolicismo popular, profundamente inculturado” (cf. DA 258); “imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda” (DA 262); “espiritualidad popular... espiritualidad encarnada en los sencillos” (DA 263); “manera legítima de vivir la fe... de sentirse parte de la Iglesia... una forma de ser misioneros” (cf. DA 264).

Nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña se encuentra en un estado de misión permanente, cuya finalidad es llevarnos a todos al encuentro con Jesucristo para que en Él tengamos vida. Una auténtica propuesta de encuentro con Jesucristo debe tener en cuenta, entre otros elementos: Una **revalorización de la piedad popular**, la cual es una “manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia y una forma de ser misioneros, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda”³

El presente artículo pretende descubrir la importancia que siempre ha tenido la piedad popular en la vida de la Iglesia y de las parroquias, revalorizarla como lugar de encuentro con Cristo, como fuente de la vida espiritual de los creyentes, junto con la Liturgia, no en lugar de ella y, por último presentar los desafíos pastorales que implica la Piedad Popular para nuestras parroquias.

I. Características religiosas del pueblo latinoamericano y caribeño

Uno de los aciertos de la Iglesia en América Latina y El Caribe, al llamar la atención sobre la Piedad Popular, es haberla presentado como una realidad pastoral cuya atención no podía esperar más, y con una intuición muy peculiar y certera: como una síntesis concreta, histórica, de la fe cristiana y de la cultura de cada pueblo.

³ CELAM, *La Misión Continental para una Iglesia Misionera*, Ed. CELAM, Bogotá, D.C. 2008, p. 30.



La inculturación del catolicismo en el Continente americano ha dado como fruto una Piedad Popular con rasgos y cualidades peculiares cuyas manifestaciones frente a la “religiosidad oficial” son, entre otras, los gestos rituales, actos de culto, peregrinaciones y fiestas, relatos y celebraciones. A continuación mencionamos algunas características religiosas de los fieles, que se expresan en la Piedad Popular de nuestras parroquias.

1. *Una piedad con profundas raíces indígenas*

Para comenzar, podemos decir que los latinoamericanos y caribeños somos un pueblo cuya característica más clara es un fuerte apego a nuestras raíces y a un pasado que todavía está presente en nuestra forma de ser y vivir. De hecho todavía podemos encontrar entre nosotros numerosos descendientes de los antiguos pobladores de estas tierras y que nos dicen quiénes son y de dónde vienen. Somos, pues, un pueblo aferrado a nuestro pasado histórico, cultural y religioso. A pesar de siglos, estos grupos étnicos sobreviven y no se resignan a perder sus raíces. De hecho muchas formas han asumido y reinterpretado el cristianismo introducido en sus culturas. Tanto lo autóctono como lo mestizo contribuye en gran manera a la piedad popular. Así, la piedad popular es portadora de lo indígena y de lo español. Y siendo nuestra América Latina un pueblo, en su mayoría, mestizo, no puede sustraerse a la cultura de lo indígena. Y muchas veces, el elemento indígena domina al elemento cristiano.

Podemos afirmar que ante la profunda religiosidad de los indígenas actuales, se puede comprender la enorme importancia e influencia que tenía la religión para ellos desde antes de la conquista. Era tan grande que se puede decir, sin temor a exagerar, que su existencia giraba totalmente alrededor de la religión y no había un solo acto de la vida pública y privada que no estuviera influenciada por el sentimiento religioso.

Por la historia sabemos que, antes de la llegada de los españoles, los pueblos indígenas tenían ya su propia forma de ver el mundo, juzgar las cosas y responder a sus preguntas y necesidades. Eran pueblo con culturas propias, que acumularon enormes tesoros de sabiduría, descubrieron valores que dieron sentido a su existencia, buscaron al “Dador de la vida”, intentaron explicarse los misterios del universo y del más allá.

Esa profunda religiosidad es la clave para entender el por qué la mayoría de los pueblos latinoamericanos y caribeños tienen un gran sentido para las cosas sagradas y saben dar lugar especial a todo lo que se relaciona con Dios. Su gusto por las imágenes, las devociones, las bendiciones, las peregrinaciones, los santuarios, y muchos otros signos sagrados, hablan del lugar privilegiado que lo religioso tiene actualmente en su vida. Incluso, algunos conceptos del culto a los dioses prehispánicos han sobrevivido al paso del tiempo y han permanecido vivos hasta nuestros días en la variada y profunda Piedad Popular de los grupos étnicos.

2. Una Piedad Popular eminentemente laical

¿Quiénes han conservado y promovido la Piedad Popular?

En el mundo de la Piedad Popular, quienes la promueven son principalmente las familias, los laicos y los rezanderos. Todos ellos constituyen una figura importante que se encarga de conservar la tradición, la costumbre, y quienes están más a la mano para todo tipo de celebración.

La *familia* puede considerarse como el ambiente natural de la Piedad Popular donde todos tienen una responsabilidad, un cargo. Las expresiones de Piedad Popular involucran a todos sus miembros. Sin lugar a dudas la Piedad Popular se cultiva más por la familia que por los medios institucionales (sacerdotes, catequistas, religiosas). La madre de familia es el agente de socialización de mayor influencia en el seno familiar.

Los *adultos laicos* son un elemento de gran importancia en la religiosidad del pueblo, pues son ellos lo que organizan y promueven las manifestaciones de la Piedad Popular. Esto se constata, sobre todo, en la organización de las fiestas, ya que los adultos de todas las capas sociales juegan en ellos un papel importante. Por ejemplo, las mayor-domías (adultos responsables de la fiesta) que pueden ser nombradas en cada ocasión o permanecer en el cargo mucho tiempo, según los hábitos del lugar. Los capitanes de los grupos de danzas o de representaciones tienen una especial tarea en el cuidado de la tradición, y muchos reciben por herencia esta labor. Los músicos también juegan



un papel importante. La elaboración de comidas y de arreglos para la fiesta adquiere especial relevancia porque en muchos lugares se establece un sistema de puertas abiertas donde se invita a todos los asistentes, sean o no familiares. De esta forma, la fiesta es un gran escenario donde el responsable directo es la gente del pueblo.

La fiesta, sobre todo la religiosa, es la principal manifestación colectiva de la Piedad Popular pues en ella se expresa más completa el alma del pueblo y es expresión de su identidad.

Las peregrinaciones, las danzas, las imágenes y los altares en lugares públicos, como las calles y el exterior de las casas, son iniciativas de los laicos. Se invita por cierto al sacerdote para que “oficialice” las ceremonias con algún rezo y alguna bendición, pero después es el pueblo o la comunidad quien se encarga de su total desarrollo. La experiencia enseña que la Piedad Popular funciona con el sacerdote y sin el sacerdote.

Los rezanderos, promotores o animadores de la Piedad Popular, merecen un espacio especial porque son figuras de singular importancia. Se da tales nombres a las personas que acompañan las celebraciones de la Piedad Popular con sus rezos, sus cantos y su presencia. Muchas veces estas personas son las que mejor conocen las tradiciones religiosas y, por tanto, van indicando cómo debe desarrollarse una ceremonia. Los rezanderos, con frecuencia, son catequistas.

El oficio de rezandero es, en muchos casos, permanente ya que es quien puede garantizar mejor la continuidad de la tradición, y es reconocido, además, por el mismo pueblo o su comunidad. Es un servidor capaz de sentir el dolor cuando acompaña a un difunto o la alegría de la fiesta, ya que no es ajeno a lo que celebra. En muchos casos, el rezandero(a) coincide con la persona del catequista. El pueblo lo tiene en gran estima, pues es quien sabe qué rezar, cómo hacer y cuándo hacerlo.

3. *Un pueblo más religioso que eclesial*

La escasa participación en la vida de la parroquia –siempre se cuenta con los mismos y pocos– la escasez de vocaciones sacerdotales y religiosas.... suelen ser manifestaciones de falta de sentido eclesial. Es urgente un esfuerzo pastoral para la integración en la Iglesia de estas personas.



4. *Un pueblo más devoto que comprometido apostólicamente*

La exuberancia de devociones y manifestaciones de piedad contrasta con el poco arraigo de los movimientos apostólicos y la escasez de sus militantes.

5. *Un pueblo con gran sentido festivo, en medio del sufrimiento*

La fiesta manifiesta los sentimientos del pueblo latinoamericano y caribeño. Es afirmación de la vida. Pero en medio de ese sentimiento festivo, son más los “Cristos dolientes” los que tienen más devoción en nuestros pueblos y pocos los “Cristos resucitados”. “Nuestro pueblos se identifican particularmente con el Cristo sufriente, lo miran, lo besan o tocan sus pies lastimados como diciendo Éste es el que me amó y se entregó por mí” (DA 265).

6. *Un pueblo que no es ajeno al proceso de secularización de la sociedad*

Las manifestaciones de Piedad Popular pueden ser manipuladas hasta convertirlas en un foco de descristianización, celebrándolas de modo que los participantes no perciban “la experiencia espiritual, las creencias religiosas, las exigencias morales y la comunión eclesial que tales celebraciones comportan en la vida del pueblo cristiano”.

7. *Un pueblo con “grandes valores humanos base del carácter regional”, pero muchas veces “bloqueados”*

Valores como la honradez, la laboriosidad, el buen sentido, la estima por la cultura y la belleza, la capacidad de apertura y acogida, la facilidad para la comunicación y el diálogo, la generosidad, el espíritu de servicio, ayuda, comprensión... Pero existen valores bloqueados como cierta desidia, tendencia al conformismo o al individualismo.

Elementos positivos

El documento de *Puebla* ve positivamente la Piedad Popular en América Latina: es un acervo de valores que responden con sabiduría cristiana; es sapiencia popular católica; conlleva creadoramente lo



divino y lo humano; es un humanismo cristiano que afirma radicalmente la dignidad de toda persona como hijo de Dios, establece una fraternidad fundamental, enseña a encontrar la naturaleza y a comprender el trabajo, y proporciona las razones para la alegría y el humor, aún en medio de una vida muy dura. Para el pueblo es un principio y un instinto evangélico de discernimiento.

La Piedad Popular está *“penetrada de un hondo sentido de la trascendencia y, a la vez, de la cercanía de Dios”*; posee una sabiduría popular con rasgos contemplativos, que orienta la relación con la naturaleza y con los demás hombres, un sentido del trabajo y de las fiestas, de la solidaridad, de la amistad y el parentesco, y un el sentimiento de su propia dignidad, que no ven disminuida por su vida pobre y sencilla.

La Piedad Popular conduce al amor de Dios y de los hombres y ayuda a las personas y a los pueblos a tomar conciencia de su responsabilidad en la realización de su propio destino.

Elementos negativos

Algunos son de origen ancestral como la superstición, la magia, el fatalismo, la idolatría del poder, el fetichismo y el ritualismo.

Otros pueden provenir por deformación de la catequesis: el arcaísmo estático, la falta de información e ignorancia, la reinterpretación sincretista, el reduccionismo de la fe a un mero contrato en la relación con Dios.

II. Importancia de la piedad popular en la vida de las comunidades cristianas

1. Primer contacto con Dios y con la Iglesia

La gran mayoría de católicos en América Latina y El Caribe, provenimos de un mundo de Piedad Popular. Todas las experiencias de fe vividas en nuestra infancia y adolescencia están marcadas por la Piedad Popular que se ha vivido tradicionalmente en muchas familias. El respeto y la veneración por las imágenes, el ponerles flores o encenderles velas, arrodillarse delante de ellas, la visita a los templos, las celebraciones de las fiestas de la Virgen o de los Santos, las promesas...

La espiritualidad popular, como llama el documento de *Aparecida*, a la Piedad Popular, acontece primero en casa, se nutre de la leche materna. Es en las rodillas de la madre donde el niño aprende a colocar las manos juntas para la oración, a hacer la señal de la cruz, a balbucear el Ave María y el Padrenuestro.

Es delante de un altar doméstico donde la familia reza el rosario, enciende un cirio de Pascua ante una dificultad, hace una promesa, celebra sus alegrías y derrama sus lágrimas.

Esta experiencia doméstica adquiere una dimensión pública cuando estas personas se reúnen, en las casas, en las calles, en algún santuario o en la misma iglesia parroquial. Sus gestos de piedad se suman a decenas, cientos o millares de otras personas, adquiriendo una nota de comunión eclesial más amplia y universal.

2. A veces es el único contacto con Dios y con la Iglesia

En cierta ocasión que visitaba una de las comunidades foráneas que componían la Parroquia, después de la celebración de la Misa, me invitó una señora a comer a su casa; después de la comida nos quedamos un rato platicando con toda la familia. En un momento dado el señor de la casa (que no había ido a Misa), me comentó: “Sabes, padre, yo tengo mucha fe”; lo interrumpí para decirle “qué bueno”. El terminó su comentario: “sí, sí, enciendo mi veladora todos los días en nuestro altarcito”.

Este comentario me hizo reflexionar sobre la importancia de aquello que mantenía la fe católica de esa persona y de muchas comunidades a lo largo y ancho de nuestro Continente: la Piedad Popular, con sus posibles desventajas, pero también con el poder tan grande que tiene cuando es robusta.

3. Importante fuente de espiritualidad

Para un gran número de fieles, la Piedad Popular es de gran importancia para su vida espiritual, en algunos casos, es la única fuente de alimento espiritual.



Pertencen a este mundo aquellas personas que viven la fe “a su modo” (a los que se ha llamado en medio de nuestro pueblo: “yo soy católico a mi manera”), pertenecen a la Iglesia por estar bautizados, hay una conciencia de pertenencia, pero sin ningún tipo de compromiso y de práctica religiosa dominical.

Este sector de nuestro pueblo en diferentes momentos acuden a bautizar a sus hijos, ya sea por tradición familiar, porque crean que es algo bueno, o por consejo de otros; ofrecen misas por sus difuntos (aunque no siempre asistan a ellas); piden oraciones, bendicen sus medallas, crucifijos y las llevan consigo; acuden a los santuarios en peregrinación para agradecer favores recibidos; conservan y veneran en sus casas imágenes de los Santos; acuden el Domingo de Ramos para recoger el ramo o palma bendita, para después ponerlo detrás de la puerta de su casa a modo de protección; van el Miércoles de ceniza a recibirla... Es un mundo que busca y respeta mucho a los Sacramentos, aunque muchas veces no los reciban por no estar en condiciones y, es por ello, que recurren a la misericordia de Dios a través de estos canales de gracia que conforman la Piedad Popular.

El mundo de la Piedad Popular está marcado por el corazón, es una religiosidad donde se vive una fe marcada por los sentimientos. Algunos pastores no están de acuerdo con este tipo de religiosidad, porque dicen que no compromete a la persona. A veces en nuestra formación católica vamos al otro extremo y presentamos una fe que va a lo puramente racional; forma grandes cerebros que conocen muchas verdades de fe, pero nos olvidamos de los sentimientos del corazón que llevan a una fe expresada en detalles y delicadezas, con el Señor y los hermanos. Esto sería uno de los grandes valores que puede aportar el mundo de la Piedad Popular a nuestras comunidades cristianas, en un intercambio sano y enriquecedor.

4. Habla el Magisterio

El Concilio Vaticano II, en la Constitución *Sacrosanctum concilium*, nos dice que la liturgia es la cumbre a la que tiende toda la actividad de la Iglesia y la fuente de donde mana toda su fuerza, pero ésta, no agota toda su actividad ni la vida espiritual de los fieles. Liturgia es celebración donde damos culto a Dios como hijos agradecidos,

y donde celebramos los ritos conmemorativos de la historia de la salvación, historia de nuestros padres, y nuestra propia salvación. El rito actualiza aquellos momentos importantes, que aun perteneciendo al pasado se hacen presentes en nuestra vida. Pero nuestra vida sigue, nuestra época es distinta, tenemos otros gustos y otras formas, y por eso, la Iglesia, además de la participación en la liturgia, fomenta y recomienda celebraciones y otros ejercicios de piedad popular.

De esto mismo habla el decreto de promulgación del *Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia*: “Como alimento de la vida espiritual de los fieles existen, de hecho, también los ‘ejercicios piadosos del pueblo cristiano’, especialmente aquellos recomendados por la Sede Apostólica y practicados en la Iglesias particulares por mandato o con la aprobación del Obispo”⁴.

El alimento es necesario en orden al bien del organismo. Luego, se hablará de formas concretas que conocemos: entre otros, el Santo Rosario, el Vía Crucis tan característico de Cuaresma, pero también válido para todo el año, por ejemplo los viernes. ¿Cuál es la función del alimento? Nutrir en orden a la supervivencia y crecimiento del organismo.

En cuanto crecen en su vida espiritual, gracias a estos contactos puntuales por la Piedad Popular, se espera una incorporación eclesial más profunda. ¿Cuántas veces por el fervor de un acto de piedad, habrán decidido realizar algún apostolado, o a acrecentar el ambiente de fraternidad y compasión en casa, o en el trabajo, etc.? Es una forma en que trabaja la gracia de Dios.

“Además de la liturgia sacramental y de los sacramentales...” Se aclara el orden de la importancia de los elementos de celebración de la fe. Primero son los Sacramentos, “fueron instituidos por Cristo” mismo. Luego siguen los Sacramentales que “han sido instituidos por la Iglesia en orden a la santificación de ciertos ministerios eclesiales...” (“Entre los Sacramentales figuran en primer lugar las bendiciones”). Luego, están las formas de Piedad, expresiones que “prolongan la vida litúrgica de la Iglesia, pero no la sustituyen”.

⁴ Es oportuno recalcar el término “recomendados por la Sede Apostólica”, porque muchas veces lo hemos interpretado como si dijese “mandados exclusivamente por la Sede Apostólica”.



“Al recordar la importancia de que tales expresiones culturales sean conformes a las leyes y a las normas de la Iglesia, los Padres conciliares han trazado el ámbito de su comprensión teológica y pastoral: “los ejercicios piadosos se organicen de modo que vayan de acuerdo con la sagrada liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos”.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* dice: “La Eucaristía es ‘fuente y culmen de toda la vida cristiana. Los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua”.

De esta forma queda reafirmado el hecho de que por medio de una crecida vivencia de la Piedad Popular, la fe del pueblo acrecentará hacia una participación completa del misterio de Cristo en la Iglesia por medio de la liturgia sacramental. Sería de verdad un paso hacia la plenitud a que todos aspiramos: la sociedad renovada en Cristo, con una alegría aún no vista. Será obra de nuestro Señor, fundamentado en su amor.

III. Principales manifestaciones de la Piedad Popular en la vida comunitaria

En la comunidad parroquial, la Piedad Popular tiene múltiples manifestaciones a lo largo del curso del Año Litúrgico, especialmente durante la Cuaresma, Semana Santa y el Triduo Pascual. Durante el Tiempo Ordinario son múltiples las manifestaciones en torno a la Virgen María, los fieles difuntos y los Santos. Forman parte inseparable de esta piedad las peregrinaciones, las romerías a los santuarios, la visita a los cementerios, las procesiones, etcétera. Algunas expresiones de la Piedad Popular giran en torno de los Sacramentos y sacramentales.

Junto a estas manifestaciones, existen otras más cotidianas, como la bendición de la mesa en las comidas, el rezo del santo rosario en familia, la bendición de las casas o de los vehículos, la romería al santuario de la Patrona, la petición de la lluvia o la protección frente a las calamidades públicas, etc.



La familia cristiana ha estado muy vinculada con estas manifestaciones de piedad, especialmente con las peregrinaciones y romerías a los santuarios marianos, algunos de los cuales son mundialmente famosos; y ha transmitido estas costumbres de padres a hijos.

Todavía hoy no son pocas las familias cristianas que acuden con sus hijos a los santuarios de la Virgen y allí, además de realizar sus devociones, reciben los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía.

Lo que aquí expongo no pretende agotar el tema, pues existen muchas manifestaciones que tienen carácter regional o local. He optado por presentar sólo las que considero más sobresalientes.

En el ambiente de la Piedad Popular hay una tendencia muy arraigada entre la gente acerca de la obligación de mantener las tradiciones que sirvan de lazo entre los antepasados y los que vendrán después (pueblos muy apegados a sus tradiciones y a sus culturas). La tradición del grupo constituye el contexto en que el individuo experimenta el sentimiento de su individualidad, a la vez que su cohesión con otros. También dentro de la tradición, el individuo puede mantenerse en contacto con sus raíces a través de las genealogías y relatos sobre aquellos comienzos y también con su fin último. Nacido en el seno de esa tradición y sintiéndose dentro de ella, el individuo descubre su ser pleno y definitivo.

La gente sencilla dice, a su manera: "Así es nuestra costumbre, es la tradición", o también: "no podemos destruir ni dejar de cumplir lo que nos heredaron nuestros antepasados". Con estas palabras se puede percibir la importancia que tiene la tradición en la vida del pueblo. Hace falta una gran sensibilidad de parte de los agentes de pastoral hacia ella. Esto implica que en todo trabajo pastoral el respeto a las tradiciones de los mayores está por encima de toda discusión.

1. *Las danzas y las peregrinaciones*

La danza y el canto estaban estrechamente unidos en la América prehispánica a la religión, aún cuando aparentemente se realizaran



por motivos y circunstancias ajenas. Había danzas que representaban algún misterio de la religión o algún suceso de su historia. Danzaban no solamente los nobles, los sacerdotes y las vírgenes, sino también los reyes. El canto y la danza eran parte de la educación de los antiguos pobladores del Continente americano que recibían desde jóvenes y aún desde niños en las escuelas creadas con este fin.

Entre los ritos prehispánicos, la danza fue uno de los más importantes. Los frailes, primeros evangelizadores después de la conquista, no pudieron desarraigarla, y optaron mejor por fomentarla porque comprendieron que sin ella la cristianización de los indígenas hubiera sido más difícil⁵.

Actualmente, en muchos países de América Latina y El Caribe, hay una gran afición por las danzas, y es común a lo largo del calendario de la Piedad Popular presenciar danzas que el pueblo ejecuta para honrar a la Virgen o a su santo patrón. La danza da el tono religioso y festivo en las peregrinaciones y se ejecuta siempre alrededor de una imagen. Cuando no hay peregrinación, es común ver danzas en honor a la Virgen en plena calle, junto a la casa de quien ofrece la danza.

La danza y el canto, junto con la vestimenta, expresa el anhelo del vínculo y diálogo con Dios. “Recoge el hondo sentimiento de la expresión de la fe, en la confianza y entrega. Muchos cantos transmitidos generacionalmente se cantan anualmente en la fiesta religiosa con renovado vigor, potenciando la opción creyente de quien lo canta, y vitalizando el vínculo de la persona y el pueblo con el canto mismo. No es una cuestión inanimada, por el contrario se vive con vitalidad en la memoria de la fe”⁶

2. Las ofrendas

Siempre, en el marco de una ceremonia de Piedad Popular el pueblo trae su ofrenda. En las fiestas religiosas, en las peregrinaciones,

⁵ Cf. ZARAGOZA, E., “Danza”, en: BRAVO, B., *Diccionario de religiosidad popular*, p. 41.

⁶ ORDENES F., Marcos A., *Piedad Popular*, Ed. CELAM, Colección “A la luz de Aparecida... 6”, Bogotá, D.C. 2008, pp. 51-52.

celebraciones de difuntos y en circunstancias de la vida personal, familiar y comunitaria, los fieles nunca llegan con las manos vacías, sino siempre con una ofrenda (flores, veladoras, aceite para la lámpara del Santísimo, vino y hostias para consagrar).

Generalmente la ofrenda puede consistir en frutos de la tierra (de la primera cosecha), objetos simbólicos o elementos para uso del templo; puede ser también comida o dinero. La primera razón que lleva al pueblo a hacer una ofrenda es la de hacer lo que Dios mismo hizo: darnos todo. Se le reconoce a Dios y se le imita; por eso la ofrenda es simbólica, reconoce el señorío divino y su gratitud.

“La ofrenda es el modo más querido y buscado en la Piedad Popular... tiene un carácter sacrificial: se hace sagrado algo que podría haber sido común... Este muy profundo acto de Piedad Popular introduce a los sencillos en una auténtica espiritualidad de configuración con Cristo, y da un horizonte de sentido a la vida corriente, librándola de la rutina, al colocarla en contacto permanente con Dios”⁷.

3. *La fiesta*

La fiesta es un acontecimiento social y religioso que de alguna manera integra toda una serie de hechos. Es un acontecimiento civil o religioso vivido por la comunidad. Es un momento de vida intensa, en completa ruptura con la monotonía de la vida ordinaria. En el culmen del proceso festivo del pueblo está la fiesta religiosa (patronal), sean en honor a algún misterio de la vida de Jesucristo, sea en honor a la Virgen, sea en honor a algún santo.

“En la fiesta religiosa el tiempo es marcado por el ritual sagrado, provocando un desarrollo de los días de manera distinta. Rompe la rutina, y produce el anhelo de ‘eternidad’ deseando que nunca termine; pues allí se experimenta la ‘superabundancia’ de la presencia del misterio de Dios y del gozo humano: La comida, los bienes, las ofrendas, el color, la música; incluso el comercio y el orden organizativo, expresan esta gran riqueza”⁸.

⁷ *Ídem.*

⁸ *Ibidem.*, pp. 50-51.



4. Las imágenes

Es sorprendente la gran estima que el pueblo tiene por las imágenes (estampas, cuadros, medallas, imágenes de bulto), y sobre todo por el hecho de que aunque no sepa a quiénes representan, les tiene una muy alta consideración. Para el pueblo las imágenes oyen, ven, responden, castigan, premian; es decir, están vivas. La bendición de una imagen le da más valor. Y una casa con una imagen bendita se convierte en templo, en oratorio familiar, un lugar casi del cielo. Así, la imagen que vive en una casa conoce mejor las necesidades humanas y puede ayudar porque conoce la realidad del cielo. Entre las imágenes más apreciadas están las del Niño Dios. Es objeto de una devoción popular muy arraigada. Son fiestas religiosas que congregan a la familia y a los vecinos, sobre todo con el rezo del rosario y la convivencia, y al compartir alimentos.

IV. Cómo y dónde nos situamos ante la piedad popular

Debemos ver cómo y dónde se sitúa cada uno ante la Piedad Popular. Pienso que si tenemos un poco de sensibilidad pastoral debemos poner aquí nuestra atención.

La Piedad Popular está constituida por la vivencia interna de la fe, por la devoción a tales o cuales imágenes y ritos, por la continuación de una tradición heredada de los mayores, etc.; la Piedad también está conformada por la manifestación externa de la fe, llena de múltiples elementos culturales de la vivencia interior: procesiones, romerías, peregrinaciones, mandas, novenarios, etc. No hay duda que la Piedad Popular refleja una sed de Dios que se expresa de manera sencilla a través de cantos, oraciones, prácticas devocionales y demás actos que identifican a un pueblo con un profundo espíritu religioso. Y todo esto se vive en la parroquia.

En América Latina y El Caribe podemos ver que un elevado número de personas vive su fe y su vinculación a la Iglesia -personal o grupalmente- a través de formas bastante variadas de Piedad Popular. Y a diferencia de otras realidades eclesiales, la Piedad tiene un carácter fuertemente laical, y por eso, entre otras cosas, pone de

manifiesto actitudes menos formales e intelectuales en relación con la religión.

También es necesario, por otro lado, que quienes estamos al frente de las parroquias sepamos reconocer los aspectos positivos que nos ayudan para valorar y asumir la Piedad Popular como fuerza evangelizadora (cf. DA 262); los siguientes son algunos de estos aspectos:

- El pueblo es siempre el protagonista, y de ahí la identificación que llega a darse entre las devociones del pueblo y el pueblo mismo.
- La vivencia de la fraternidad a través de las mayordomías; la existencia de las asociaciones dan un marco apropiado a una experiencia que va más allá de los momentos concretos de manifestación religiosa.
- El sentido de igualdad entre algunos sectores de la población; con frecuencia conviven personas de diferentes rangos sociales sin obstaculizar la convivencia, ni siquiera el normal desarrollo de las actividades propias de cada uno.
- Actualmente la vida parroquial vive y se nutre de una presencia mayoritaria gracias a la Piedad Popular. Sobre todo con las comunidades parroquiales en las que las devociones de la Piedad Popular están más arraigadas. En este sentido es grande el esfuerzo que se está haciendo por renovarse, por formarse, por participar en las catequesis de la parroquia...
- Las procesiones ponen de manifiesto, un testimonio público de fe y de creencia en unos valores que van más allá de los que la sociedad está mostrando. La Piedad Popular tiene una gran riqueza de signos y de símbolos religiosos, que, para la gente sencilla, tienen una mayor comprensión que los aportados por la misma liturgia. La Piedad Popular expresa una necesidad de salvación que se despliega a todos los niveles, y que afecta tanto a los problemas particulares como a los sociales.



- Finalmente, la religiosidad del pueblo lleva consigo el desarrollo de la dimensión festiva de la persona. Las fiestas religiosas de los pobres, lejos de resolverse en superficialidades exteriores, responden a sus profundas exigencias y constituyen una celebración rica en símbolos, en fantasía creadora y en teología narrativa... En la fiesta, el pueblo encuentra fuerza para vivir y la capacidad de volver con renovada esperanza a la lucha cotidiana. La fiesta es la expresión de una solidaridad profunda, la recuperación de la conciencia de no estar solos en la lucha y de trabajar por una convivencia humana distinta.

V. Actitudes pastorales

En la Introducción de este artículo mencionaba que *Aparecida* nos invita a revalorizar la Piedad Popular en la pastoral de Iglesia, viendo que ella es un verdadero lugar de encuentro con Jesucristo. Para ello es indispensable asumir ciertas actitudes pastorales, que presentamos a continuación.

1. Descubrir y valorar, como un don de Dios a su pueblo, las variadas formas y riquezas de la Piedad Popular, para promoverlas con la fuerza del Evangelio.
2. Dinamizar, completar y purificar con el Evangelio las expresiones concretas de la Piedad Popular de cada comunidad, buscando la manera de integrarlas en la vida litúrgica, sin atentar contra sus expresiones legítimas; si hubiera que hacer cambios, deberá procederse gradualmente, pero siempre con mucho tacto y esmerada catequesis; para ello es fundamental el **discernimiento**. Para facilitar dicho discernimiento se ofrecen algunos criterios:

- a) Abandonar posturas extremistas

En la Piedad Popular ni todo es rechazable ni todo es admisible. La pastoral no debe tender a eliminar la Piedad Popular ni a mantenerla pura y simplemente en sus manifestaciones tradicionales. Entre esos extremos se impone una vía media que se apoya en la convicción de que es posible y conveniente tanto la conservación como el cambio de ciertas formas de Piedad Popular. Hay dimensiones coherentes con el

Evangelio que han de ser potenciadas y corregidas en lo que tengan de defectuoso. Hay elementos neutros o indiferentes respecto a los valores cristianos, ante los que hay que ser tolerantes y permisivos, pues no va ni a favor ni en contra del Evangelio. También los hay contrarios al espíritu evangélico y habrá que luchar por eliminarlos. Potenciar, purificar y eliminar es propio de toda tarea evangelizadora.

b) Abandonar criterios preconcebidos

Para llevar a cabo el discernimiento es preciso abandonar criterios preconcebidos, para no caer en el error de considerar eliminable aquello que no coincide con su propia religiosidad y cultura o aquello que, tras una purificación y corrección sería perfectamente asumible. La renovación evangélica y las reformas litúrgicas, catequéticas, pastorales, etc., deben abstenerse de imponer al pueblo formas prefabricadas por círculos minoritarios según sus esquemas teóricos. Han de esforzarse por responder a las exigencias religiosas populares, conectadas a la vez con la realidad del Misterio que se les comunica y con su vida real. Es así como el pueblo tendrá libertad religiosa para hacer brotar nuevas formas de expresión auténticamente evangélicas y eclesiales tanto como populares.

c) Acercarnos con respeto amoroso

A la hora del discernimiento ha de guiarnos siempre el respeto hacia las personas que viven y manifiestan su fe a través de expresiones religioso-populares. La amistad, la simpatía y la sencillez son virtudes que facilitarán la tarea renovadora. Y junto a ellas, una buena dosis de paciencia para respetar los ritmos lentos de evolución y sensibilidad.

d) Es necesario un conocimiento profundo “desde dentro”, no superficial

Las manifestaciones externas son en principio neutras, lo que las avala es la actitud religiosa, más o menos evangélica. Un mismo gesto o acto religioso puede expresar una fe cristiana de calidad o una superstición. Todo depende de los motivos, actitudes y valores que entran en juego.



e) Discernir a la luz de la Palabra de Dios

La Palabra de Dios es el criterio iluminador. Y el seguimiento de Cristo es el que avala la condición de discípulo. Pero nadie puede imitar a Cristo en toda su riqueza espiritual. En este discernimiento no podemos olvidar las enseñanzas de Jesús que emitió juicios sobre la religiosidad judía, sobre la verdadera y falsa religión, sobre el verdadero culto, los lugares de culto y su importancia relativa, cómo deben ser nuestras relaciones con Dios, etc.

3. Los agentes de pastoral de cada comunidad parroquial han de realizar estos discernimientos convencidos de que el conocimiento de la Piedad Popular es:

- Un instrumento válido para conocer en profundidad cómo es el mismo pueblo.
- Necesaria para programar con realismo el plan pastoral parroquial.

Ante la importancia de la Piedad Popular, no cabe la indiferencia. Es innegable su importancia, al menos cuantitativamente. Es el modo normal de expresar la fe de la inmensa mayoría de los cristianos de nuestras parroquias. Este hecho no puede dejar indiferente a los agentes de pastoral de las parroquias. Debe provocar interés en los Consejos Pastorales a la hora de la programación pastoral.

4. Si el discernimiento es fundamental, no menos lo es la actitud de escucha. De frente a la realidad el pueblo que vive la Piedad Popular debe ser escuchado, y no hay mejor ámbito para esta escucha que la parroquia. El pueblo tiene derecho a sentirse protagonista de su modo de creer. Defiende sus símbolos, ritos, expresiones..., pero no siempre el resultado es justo. Aquí los párrocos debemos hacer un serio examen de conciencia pastoral. Recordemos lo que Pablo VI decía al respecto:

“La religiosidad popular, hay que confesarlo, tiene ciertamente sus límites... Pero cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores. Refleja



una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse, en el mismo grado, en quienes no poseen esa religiosidad: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desapego, aceptación de los demás, devoción. Teniendo en cuenta esos aspectos, la llamamos gustosamente ‘piedad popular’, es decir, religión del pueblo, más bien que religiosidad” (*Evangelii Nuntiandi* 48).

El pueblo cristiano debe ser escuchado. Es hora de que recupere y fortalezca su vocación bautismal, tan debilitada y atrofiada. Entonces se sentirá protagonista en la vida de la comunidad cristiana, recuperará su responsabilidad evangelizadora y misionera (abandonará cántaros y pozos de agua que no sacian) y podrá vivir y expresar toda su capacidad creativa bajo el impulso y guía del Espíritu Santo. La tarea es inmensa y ha de ser paciente.

5. El pueblo necesita que el Evangelio entre en su cultura, abrace sus peculiaridades, renazca en sus gestos, convoque en sus costumbres, hable en su voz. Y el Evangelio necesita, para ser de verdad Buena Noticia, tocar carne, tocar vida y hacerse presente en todas y cada una de las dimensiones del ser humano. Esto, evidentemente, tiene sus riesgos, los mismos riesgos que asumió la Palabra que se hizo carne y vivió entre nosotros.

6. Puesto que la fe ha informado estas costumbres y prácticas religiosas, es conveniente que los padres continúen viviéndolas y trasmitan a los hijos ese espíritu sencillo y recio, de vivir sus relaciones con Dios en medio de las situaciones de su vida, no sólo extraordinarias sino más comunes.

7. Además, la fuerza de estas prácticas ha ejercido y ejerce una gran labor en la identidad de los pueblos y en la expresión externa de la fe profesada. Cuando tales manifestaciones se traducen en expresión social, se convierten en testimonio gozoso de la propia fe para los no creyentes y estímulo para los débiles.



8. La evangelización de nuestras diócesis y parroquias han de tener en cuenta al hombre y mujer concretos. Por eso no pueden prescindir del hecho de la Piedad Popular.

La catequesis, el catecumenado, la predicación, la enseñanza de la religión, la liturgia, toda la pastoral diocesana y parroquial deben conocer la forma de ser, de sentir y de entender que tiene nuestro pueblo latinoamericano y caribeño. La evangelización se dirige al hombre y mujer concreto, tal y como es. Y nuestro pueblo es en su mayoría “católico-popular”. A este hombre y mujer hay que llevarles:

- Desde la fe, a la celebración de los sacramentos.
- Desde la religiosidad, al sentido de pertenencia a la Iglesia.
- Desde la devoción, al compromiso apostólico.
- Desde el sentido festivo, a la alegría de la fidelidad al Evangelio, como consecuencia de su adhesión cordial a Cristo resucitado.
- Desde el intento de secularización, a una profunda experiencia espiritual de los misterios de la fe cristiana.
- Desde la riqueza de sus valores humanos, al descubrimiento de los valores evangélicos en ellos contenidos.

9. Hay que descubrir y tener en cuenta la fuerza evangelizadora que posee la Piedad Popular. En muchos lugares ha sido, precisamente, la Piedad Popular la que ha hecho que se conserve la fe allí donde no llegaba otro modo de celebrarla, por ejemplo en Cuba.

Los agentes de pastoral han de ser conscientes de que la Piedad Popular contiene en sí misma muchos elementos con fuerza evangelizadora, que han de ser aprovechados y potenciados.

10. Las parroquias deben ofrecer cauces de participación. Hay que ofrecer cauces para que nuestro pueblo vaya asumiendo progresivamente un papel más activo, dinámico y consciente en la vida de nuestras parroquias, sintiéndose protagonista en la actividad pastoral de la Iglesia. Este principio general, es especialmente importante en la Piedad Popular. Es ideal que los fieles participen, dentro de lo posible, en el discernimiento y evaluación crítica, desde el Evangelio, de su propia religiosidad. Esto provocará lentitud en la renovación de la religiosidad, pero es un requisito de la pedagogía de la fe, ya que la evaluación parti-

□

cipada es en sí misma evangelizadora. Las imposiciones “desde arriba” sólo podrán cambiar a duras penas lo exterior, las actitudes quedarán intactas. La evangelización se dirige sobre todo al corazón.

VI. Líneas de acción

Las actitudes pastorales antes mencionadas requieren de las siguientes líneas de acción, que son una manera de desglosar la “conversión pastoral”, en esta dimensión de la Piedad Popular.

1. Dar a las devociones populares un contenido verdaderamente evangélico, relacionándolas con el misterio de Cristo.
2. Aprovechar las diversas ocasiones sugeridas por la práctica de la Piedad Popular (bendición de casas, de imágenes, de autos, juramentos y promesas, acciones de gracias, etc.) para pequeñas y adecuadas catequesis, desligando también estos servicios de cualquier muestra de interés económico.
3. Acompañar y encauzar la Piedad Popular hacia el proceso integral de evangelización, buscando una respuesta personal y un compromiso cristiano concreto con la comunidad local, imprimiéndole a aquel un sentido de verdadera participación en la vida de la Iglesia.
4. Los párrocos deben respaldar a todas aquellas personas que prestan diversos servicios en las actividades de Piedad Popular –mayordomos, fiscales, rezanderas, etc.- dándoles la debida formación y motivación que los capacite como evangelizadores en la comunidad.
5. En la diócesis se deben promover, para todos los agentes, estudios pastorales socio-religiosos y antropológicos que lleven a valorar y a discernir los diversos elementos que integran la Piedad Popular que se practica en cada país.
6. La diócesis, también, debe promover, con base en criterios comunes y en las diversas instancias pastorales, la elaboración de subsidios de toda clase –en cuanto a planeación, formación y



ejecución- al alcance de agentes y destinatarios, para encauzar y evangelizar las manifestaciones religiosas concretas de cada lugar, respetando las características culturales de los diversos grupos. Ha de tomarse en cuenta todas las formas de organización tradicional, como las mayordomías.

7. Los representantes de las distintas áreas de pastoral de la diócesis busquen la forma de dinamizar sus planes en aquellos aspectos que tengan relación con las prácticas de Piedad Popular, desterrando todo tipo de manipulación y de actividades comerciales.

En esta línea es indispensable y urgente la atención preferente a los jóvenes. En nuestro Continente han sido sobre todo los jóvenes quienes progresivamente se ven alejados de toda práctica de Piedad Popular, por lo que la parroquia ha de procurar una atención preferente a estos jóvenes a la hora de la evangelización.

Conclusión: *Del riesgo de la exclusión al acompañamiento pastoral*

Negarle entidad comunitaria a quienes viven y expresan su fe en el multiforme universo de la Piedad Popular, resultaría, según parece, una suerte de regateo al concepto de comunidad. Sería toparse con un verdadero reduccionismo de su significado sustancial acomodándolo, tanto al concepto tradicional de “comunidad parroquial” como a los más específicos de “comunidades de base”, o “comunidades de vida” en algunos movimientos. Sería, en definitiva, negar todo lo propiamente comunitario inscrito en la razón del pueblo, aunque esta razón tienda a desdibujarse en el horizonte de la postmodernidad.

Pocas cosas le hacen tanto mal a la Iglesia (y al decir Iglesia decimos Pueblo de Dios, mujeres y hombres de fe que creen en Dios Padre que los ama, Dios Hijo que los salva y Dios Espíritu que los une y acompaña) como el abusivo encasillamiento de ciertos conceptos: *laico comprometido* es el que entrega muchas horas en servicios parroquiales o de movimientos; *hombre de fe* es el que gasta sus rodillas frente al sagrario; *mujer piadosa* es la que reza el rosario en el templo precediendo a la misa diaria... Y la *comunidad*, entonces, es

□ el pequeño grupo -¡ínfimo, en general!- vinculado directamente con todo lo anterior y con los quehaceres institucionales de la Iglesia.

¿No es *compromiso*, acaso, la lucha cotidiana por la subsistencia y el sostenimiento de la familia? ¿No es de verdadera *fe* seguir creyendo aún en situaciones durísimas y de gran dramatismo? ¿No es *piadoso* reconocer la providencia de Dios en la humildad de un mate cosido? Si esto es así, también el concepto de *comunidad* aparece demasiado restrictivo y, sobre todo, pecaminosamente excluyente.

Así y todo, este reconocimiento de la *vida comunitaria* en la vivencia popular de la religión, no implica su absolutización. Tal vida comunitaria padece la fragilidad que es propia de los hombres y sus límites se acrecientan en estos tiempos de exacerbado individualismo. Por tanto, la Piedad Popular también es objeto de atención y de cuidado pastoral. Es objeto de un acompañamiento fraterno que ha de partir de una explícita valoración de la experiencia simple de la fe. Pero una cosa es partir de la idea de su inexistencia y otra, muy diversa, asumir que aunque frágil y limitada es una vivencia que existe. Una vivencia que alimenta la cotidianeidad de miles de mujeres y de hombres que, por complejas razones de índole cultural o simplemente por la gracia de Dios, no tienen una participación directa en las estructuras eclesio-institucionales.